

«En tierra de D. Quijote»

Argamasilla de Alba, febrero de 1905.

Crónica publicada en *La Nación*, 9 de abril de 1905.

Se acercan ya las fiestas del centenario del libro admirable de España. ¿Qué mejor que una excursión por las tierras en que se encuentra aquel lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiso acordarse el gran Manco?. Me puse, pues, en camino en el tren que de Madrid conduce á Ciudad Real. Las reminiscencias cervantinas se impusieron desde el comienzo. Entre dormido y despierto oí gritar el nombre de la estación de Esquivias y recordé que fue allí donde don Miguel se casó. Todos estos lugares los recorrí también como recaudador de alcabalas. Pensando en la agitada vida suya llegué por fin á Ciudad Real, villa famosa antaño y hoy centro de las órdenes militares de España. Mi primera impresión fué la de encontrarme en una de esas viejas ciudades que nos dejó la colonia y que aun ostentan su vetustez venerable en el centro de nuestras repúblicas. Casas a la antigua, calles mal empedradas y estrechas, restos de muros y una antiquísima puerta en la cual existe cierta inscripción indescifrable. Como en Bruges la muerta, vi en las callejuelas mujeres que hacen su labor al aire libre. El ambiente era de paz antigua. Grande fué mi sorpresa al encontrarme con que en la capital manchega hay un hotel muy confortable, y que como en casi todas partes de España, Ciudad Real ilumina su vejez con luz eléctrica. Mayor fué aún la de recibir una inesperada visita. ¿De qué hablé con el visitante? De Bach, de Wagner, de Verlaine, de Rodin, de Lugones, de Amado Nervo. Mi interlocutor era un ciudadano intelectual de los grandes centros, ave rara en estas regiones de la tostada Castilla. Poeta él mismo, lleno de afabilidad y de cultura, músico, amante de la pintura, alma, en fin, del más bello leonardismo. Luis Barreda, conde de Treviño, me hizo pasar gratos momentos durante mi corta permanencia en aquella población. Visité el palacio de la diputación provincial, que nada tiene de particular, como no sea el verse ya allí de manifiesto el orgullo de los compatriotas de D. Miguel de Cervantes Saavedra. El conserje es impagable. «Señor: me he leído el *Quijote* cinco veces». Su erudición cervantesca y quijotina, en verdad, es larga y muy expansiva. Vi de notable un plafón firmado por un pintor de la ciudad, llamado Andrade. En un fondo gris, de visionario ensueño, se destaca la figura del ingenioso hidalgo y de su ilustre escudero, entreviéndose vagamente en derredor escenas del famoso libro. La sobrina hace su auto de fe: los duques acogen al caballero, Camacho celebra sus bodas, Clavileño va por los aires, maravilloso hipogrifo. En la sala de conferencias hay un cuadro que representa á *Don Quijote* tirado en los vastos desiertos africanos. Lo firma Carlos Vargas [sic]. A mi entender este asunto lo ha tratado mejor que nadie mi eminente amigo Moreno carbonero. Hay en el palacio otros cuadros de muy escaso mérito, mas insisto en observar que reina por todas partes la gloria del más grande de cuantos escritores ha producido esta nación fecunda.

Hice un paseo á la cercana población de Marcos, donde existe una célebre y milagrosa virgen de piedra, en cuya iglesia he visto la más extraña colección de ingenuos exvotos de cera que pueda suponerse. No hay más curiosidades que restos de antiguas construcciones moriscas, un aljibe y el pintoresco paisaje que cerca de una fábrica vecina une abruptas rocas, altos álamos y las aguas del Guadiana, recogidas en una especie de lago artificial que se derrama en cascada sonora y cristalina. Cerca de la ribera, unos mozos cantaban coplas de la tierra, acompañándose con al inseparable guitarra. El cielo azul, el aire frío. Por la carretera, las mulas de un carro trotaban, haciendo sonar sus cascabeles.

De Ciudad Real tomé un tren para Argamasilla de Alba. Acompañábame un joven y brillante escritor de la corte, D. Pedro González Blanco, que hubo de compartir conmigo las premisas y dificultades del molesto viaje. Aconteció que nos encontramos con que la estación de Argamasilla se halla á unos tres ó cuatro kilómetros del pueblo y que no existe más vehículo para la conducción que ciertos infames carritos, en uno de los cuales tuvimos que ir entre atados de pellejos y sacos de bacalao. Me consolé con que el carretero era un genuino e incomparable tipo de Sancho Panza. Mejores mofletes y mejor barriga no hallaron en sus modelos, ni Moreno carbonero, ni Jiménez Aranda, ni Doré, ni Urrabieta Vierge. Sus maneras, sus decires, su modo socarrón y el gesto y el apatito con que devoraba un gran chorizo y empinaba la bota, diríanse los mismos del personaje que legisló en al Insula Barataria. Tardamos como más de una hora en llegar á la población, zangoloteados en el primitivo carro que tiraban muros impacientes. Ibamos en una nube de polvo. La carretera se extiende entre dos inmensas llanuras que en puntos hacen horizonte y que dan una sensación de aridez y de sequedad tan solamente comparables, me imagino, á lo que se debe experimentar en los vastos desiertos africanos. Pienso en cómo deben ser aquí las feroces canículas, los tórridos soles que derritieron la sesera a D. Alonso Quijano el Bueno. Estas extensiones dan idea de infecundidad, a pesar de que uno sabe que heridas todavía por el antiguo arado fenicio se cubren de trigales y dan pingües cosechas. Yo recordaba un tanto nostálgico la visión halagadora de las fragantes pampas argentinas, los verdes trebolares que se mueven como lagos, la negra tierra preñada de beneficios, los horizontes que vibran al resonar las trompas de los toros. Aquí de cuando en cuando, á lo lejos, se ve un pastor que conduce su rebaño de cabras entre los terrones removidos y en un ambiente de melancólica tranquilidad.

En Argamasilla de Alba, no existe fonda ni cosa por el estilo. Hay que ir a la posada con los arrieros o ser hospedados por algún particular. A mí me recomendaron a la madre del sastre del pueblo, que se llama como al mujer de Sócrates, Jantipa y como media España, Parera ¿Cómo referiros la exigüidad de sus recursos y la revolución causada con mi presencia en aquella casa mantenida como seguramente se mantenían las de hace tres y cuatro siglos? Desde luego, se me pidió que indicase lo que quería comer. Yo le dije á Jantipa que me conformaba con una olla de algo más vaca que carnero, salpicón, duelos y quebrantos, lentejas y algún palomino de

añadidura. Jantipa se puso las manos en la cabeza y me manifestó, que á lo más me serviría un ajo de patatas y abadejo a la arriera, huevos pasados por agua, gachas y algún chorizo de su matanza. Protesté y mi protesta ocasionó el agregado de un pollo, todo lo cual y un vinillo blanco sin clasificar me fue servido sobre dudosos manteles y ante las tijeras y las medida, que atestiguaban la profesión del hijo de la viuda socrática.

Llevaba carta de presentación para un señor hidalgo que me resultó bachiller y letrado. Fue excelente y eficaz. Me condujo por la villa, y gracias a él conocí todas las calles y rincones del lugar que inmortalizó Cervantes por quererlo olvidar. Conocí al cura y al barbero. Conocí la casa en que habitó el bachiller Sansón, hoy propiedad de la vieja Ventura Gómez Carrasco y su primo Polonio, sus descendientes. Conocí también a descendientes del perillustre cura, que por más señas se llamaba Pérez. Y en la iglesia del lugar, que tiene honores de catedral, vi algo que verdaderamente merece atención muy especial. Es un retablo que no tiene el nombre del pintor. Representa una virgen entre dos santos, y abajo hay dos figuras, las de D. Rodrigo de Pacheco y su sobrina Marcela. La cabeza de él sobre la crespita golilla es del más puro s. XVI; tiene un poco de Cervantes, de un Cervantes joven y meditativo y un poco del Caballero de la Triste Figura. En cuanto a su sobrina, diré que es del más lindo rostro que poeta pudiera cantar y pintor iluminar de frescos colores. Debajo del cuadro está escrita la leyenda siguiente en anticuadas mayúsculas: «Apareció nuestra Señora á este Caballero estando malo de una enfermedad gravísima, desamparado de los médicos, víspera de San Mateo de 1600. Y, encomendándose a esta Señora y prometiéndole una lámpara de plata, llamándola de día y de noche, de gran dolor que tenía en el cerebro de una gran frialdad que se le ovaló dentro». Hay que recordar que este D. Rodrigo Pacheco es el mismo que hizo encarcelar a Cervantes, por la razón de que el pobre ingenio vino a cobrarle una suma que debía. Parece que a lo del cobro se agregó el haberse enamorado D. Miguel de la Marcela maravillosa, de cuyo nombre quizá se acordó cuando pintó la figura de aquella pastora tan linda que describe en la novela de las novelas. Con la frialdad que tenía ovalada en el cerebro aquel tío celoso mandó encadenar a Cervantes, que bien pudo tomar algo de él para la creación de su personaje.

Visité la casa que fué cárcel de Cervantes, donde se engendró aquel «hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno». Es propiedad del Sr. Ramón Noblejas, quien la tiene en arriendo a un señor Montalbán, yerno suyo. En verdad os digo que causa pena y disgusto el ver el estado en que se mantienen esa propiedad, que debía pertenecer al estado y ser visitada como se visita la casa de Shakesperare en Straford-on-Avon, y la casa de Víctor Hugo en París. Encontré a unas sórdidas viejas guardadoras, que me indicaron la cueva que fue prisión de Cervantes. Descendí guiado por un chico entre polvo y suciedad. Es aquello un palomar y un reino de ratones. Allí hay plumas, fiemo, zapatos viejos. Se ve el agujero del cepo a que estuvo atado Cide Hamete Benengeli. En cuanto al cepo mismo, una de las parcas me explicó la desaparición. «Lo quemó la tía Martina para hacer arrope». Ahora, felizmente, se trata de que el gobierno compre la finca, con motivo de la celebración del centenario y la declare monumento nacional. Salí del histórico recinto a tiempo de presenciar el más inaudito de los crepúsculos. He visto

crepúsculos de luz verde, de luz diluida y omniprismático como en Venecia, crepúsculos furiosos de nuestros trópicos; crepúsculos suaves, delicados, tenues; crepúsculos taciturnos; crepúsculos africanos de Tánger; crepúsculos vaporizados de costas levantinas, ensueños de color.

Mas esta fiesta de sangre y ceniza, este incendio violento de los lejanos horizontes, esta cruel magnificencia solar, triunfos y rompimientos incomparables, púrpuras celestes, gamas de todos los osos [sic], supremo imperio del poniente, me impresionaron como en ninguna parte, creí ver perfilarse sobre la inmensa dorada extensión la figura del príncipe de los soñadores y la del estupendo escudero, la una sobre Rocinante y la otra sobre el rucio. A lo lejos se oía el canto de un labriego. Entre dos rojos monaguillos, bajo un gran paraguas que tenía una cruz por remate, pasó el cura, llevando el viático a un enfermo. Todos los hombres que estaban en la puerta de una posada se pusieron de rodillas. Sonó la campana de la iglesia y yo me retiré en la dulzura de la tarde, repitiéndome estos versos del sutil poeta Manuel Machado:

La hija callaba
Y se sonreía.
Divino silencio,
Preciosa sonrisa
¿Por qué estáis presentes
En la mente mía?
La venta está sola.
Maritornes guiña
Los ojos durmiéndose.
La ventana hila.
Su mercé el ventero
En la puerta atisba
Si alguien llega. El viento
Barre la campiña.
Al rincón del fuego
Sentada la hija,
Pensando en los libros
De Caballerías
Con su ojos garzos
Ve morir el día.
Tras el horizonte
Parda y desabrida
La Mancha se hunde
En la noche fría.

Así llegó á la casa de Jantipa, que prepara afanosa la parca cena. En la ciudad hay un periódico y ha venido un redactor á visitarme. Entre él, el barbero, el cura y el boticario y junto con el médico, que es culto y muy amable, creo que forman la intelectualidad del pueblo.

Charlamos por largo rato, sobre todo acerca de la disputa que hoy se inicia en Alcalá de Henares y Alcázar de San Juan, sobre si Cervantes nació en una ó en otra de dichas poblaciones. Ya él lo había previsto cuando dijo: «Guárdate pluma mía para que los pueblos y lugares de La Mancha se disputen la gloria de haberme mecido». El caso es igual al de Homero, y el ingenioso hidalgo D. Miguel de Cervantes Saavedra, ya s eve que tenía plena confianza d su inmortalidad. Me ocuparé de este asunto más largamente en mi próxima carta, y expondré los argumentos en que fundan sus razones unos y otros contendientes. Pasé parte de la noche releyendo las famosas aventuras del Caballero, oyendo el reloj de la vecina iglesia dar con una campana de voz antigua las horas. La del alba sería cuando me desperté.

Rubén Darío